

Intranquilidad permea a Tabasco

A dos años de la peor inundación registrada en la entidad, las afectaciones persisten y las autoridades aún no concluyen las obras de protección contra las lluvias

TEXTOS Y FOTOS ROBERTO BARBOZA / CORRESPONSAL

VILLAHERMOSA, Tab.— A dos años de la devastadora inundación, los tabasqueños no se reponen en lo económico, en infraestructura pública ni en lo emocional. Persiste la zozobra, pues tampoco están a salvo de una tragedia similar por el retraso que registran las prometidas obras de protección contra fenómenos hidrometeorológicos.

Así lo admitieron las propias autoridades municipales, estatales y federales; no obstante, coincidieron en que Villahermosa quedará este año libre de otra calamidad, sólo por lo benévolo del clima al registrarse un déficit de lluvias superior a 70%.

Por ello, los niveles de los ríos “son bajos y seguros, con rangos por debajo de sus niveles críticos”, detalló la **Comisión Nacional de Agua (Conagua)**. Igualmente, los niveles de seguridad de las presas de Angostura y Malpaso, para estas fechas, están en sus niveles más bajos en 11 años, por lo que cuentan con suficiente capacidad de almacenamiento.

En octubre de 2007, en vísperas de la tragedia, se habían registrado precipitaciones de 648 milímetros, por lo que se sobrepasó 71% el promedio normal que es de 378 milímetros. En paralelo, los ríos estaban por arriba de sus escalas críticas y las presas hidroeléctricas ubicadas en el Alto Grijalva sobrepasaban los niveles de seguridad.

Conjugada la apertura de los vertedores de las presas con otras intensas lluvias registradas en ríos de la sierra tabasqueña, escurrimientos que llegaron por dos frentes a Villahermosa, desembocaron en la más severa contingencia registrada en la entidad.

Sólo 17% es zona segura

El diagnóstico “Las Inundaciones en Tabasco de octubre y noviembre de 2007: sus repercusiones en el municipio de Centro” —donde se ubica esta capital— señala que la contingencia puso de manifiesto que de los

325 kilómetros cuadrados del área urbana del municipio, la zona segura es de apenas 17%, y que los daños a bienes de la población e infraestructura pública ascendieron a casi 21 mil millones de pesos por la eventualidad.

El edil de Centro, Evaristo Hernández Cruz, concluyó que el problema se agravó, pues en el municipio se promovieron asentamientos, se autorizaron rellenos y modificaciones al entorno en sitios donde no debía ha-

cerse. De la superficie municipal, 83% se encuentra en condiciones de alto riesgo y vulnerabilidad ante eventuales inundaciones.

En el diagnóstico, elaborado por el ayuntamiento, se precisa que de los 33 mil 215 millones de pesos en pérdidas y daños a la entidad provocados por la inundación de octubre y noviembre de 2007 —según un estudio de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)—, cerca de 21 mil millones (64%)

representaron las afectaciones a viviendas y enseres de la población, actividades productivas e infraestructura del municipio.

En la evaluación de los hechos se agrega que “el descuido, el desconocimiento, la improvisación y la desidia mostraron que en materia de planeación y especialmente desarrollo urbano, los gobernantes han sido ineficientes, negligentes, anárquicos, caprichosos y, a veces, hasta mercaderes de las necesidades sociales”.

Destacan los casos de las colonias Gaviotas y La Manga, que se vieron totalmente anegadas en asentamientos humanos, pues se ubi-



Fecha 03.11.2009	Sección Primera	Página 18
----------------------------	---------------------------	---------------------

caron sobre una amplia superficie ejidal que, por añadidura, quedaba sumergida en el agua en temporadas de altas precipitaciones pluviales. La contingencia provocó que el campo, comercio y servicios se paralizaran, lo que ocasionó afectaciones al sector agropecuario y al resto de las actividades productivas por el orden de 12 mil 367 millones de pesos.

El costo que tuvo que afrontar el municipio de Centro para reparar los daños a su infraestructura —escuelas, parques, sistemas de alcantarillado y de agua potable, redes eléctricas y vía de comunicación, entre otros— sumaron 2 mil 257 millones de pesos.

En las colonias con mayores afectaciones por la inundación aún se observan los daños en calles, banquetas, alumbrado público y hasta servicios telefónicos.

Afectación psicológica

“El shock emocional alcanzó a los distintos grupos sociales, sometidos a efectos depresivos, durante el periodo del desastre”, enumera el estudio elaborado por el municipio.

Detalla que en ese lapso, familias sufrieron al estar en peligro de perder sus vidas, por la amenaza creciente del agua, algunas atrapadas por días en azoteas o en montículos, y por la separación de parientes al resultar insuficientes los refugios.

Dentro de este impacto se incluye a familias que padecieron la pérdida súbita de su patrimonio, así como a aquellas que si bien sus casas no se fueron al agua, sí fueron afectadas psicológicamente ante la amenaza de mayores desfuegos en las presas, por la interrupción de servicios y quedar incomunicadas; por desabasto en centros comerciales y acto de pillaje a casas-habitación.

Para el edil de esta capital, aun cuando este año no se vaya a sufrir otra inundación, es importante insistir ante la Federación que se concluyan las obras anunciadas dentro del Plan Hídrico, para que “no nos pase lo que ocurrió después de 1999: que tan pronto vimos que no volvimos a inundarnos, se relajó todo y no volvimos a exigir que se hicieran las obras para protegernos”.

EL DATO

El Plan Hídrico, anunciado en abril de 2007 por la Presidencia de la República, contaba con 9 mil 300 millones de pesos, dijo el alcalde Evaristo Hernández Cruz

Vivir en permanente zozobra

GAVIOTAS SUR, Tab.— Patricia Mosqueda recuerda la angustia de hace dos años, cuando pasó la noche en la azotea de su vecina —de las pocas viviendas de dos plantas que el agua no alcanzó a cubrir. Su patrimonio estaba desecho.

Esa mañana de noviembre, los habitantes del otro lado del Grijalva, frente al centro de Villahermosa, amanecieron cubiertos por las desbordadas corrientes del río de la Sierra. Miles de tabasqueños, como la familia Ramírez Mosqueda, increíblemente de la posibilidad de que sus hogares habían quedado debajo del agua, sobrevivieron encaramándose arriba de las casas con mayor altitud, pues no les dio tiempo de nada.

“Jamás se me va a olvidar, porque fue un día muy dramático, pues aunque nadie murió, se veían a los animales de las granjas que pasaban en el agua ahogados. Y todas las casas con las pertenencias mojadas”.

Durante esa noche, en la oscuridad, entre espacios de silencio, se escuchaba el llanto de los niños y los gritos de auxilio de la gente. Todos pasaron en vela sobre los techos de las viviendas más altas, en alerta, escuchando los gritos.

Secuelas emocionales

Aunque asegura no tener trauma por ese acontecimiento, doña Patricia dice: “Pero sí sueño con que mi familia va huyendo del agua, que están dentro de la inundación o que se me ahoga mi niña. Sí quedó alguna secuela por allí”, reconoce.

La noche previa a la inundación se fueron a descansar un rato, pero al amanecer, a las 5:30 horas, el agua había alcanzado el medio metro de altura dentro de la vivienda. Empezaron a trasladar sus pertenencias y enseres a la segunda planta. En menos de media hora, el agua ya había alcanzado un metro de altura.

Más tarde intentaron salir, pero la corriente ya tenía demasiada fuerza y el nivel seguía en aumento. Toda la familia se subió a la segunda planta, pensando que no les alcanzaría la corriente. Doña Patricia Mosqueda de Ramírez, junto con su esposo y sus dos hijos menores, vive en la calle Geógrafos número 505, casa ubicada frente a la escuela técnica número 39, que en esa ocasión ya albergaba a ve-

cinos del Monal, Coquitos, Valle Verde y Torno Largo, quienes luego también se pondrían a salvo en el techo de ese plantel, de donde serían rescatados en helicópteros.

A dos años de la tragedia, a esta tabasqueña se le agolpan los recuerdos.

La mayor tensión fue cuando su esposo tuvo que romper la pared con un martillo, para salir por la parte trasera de la casa y apoyados con una escalera, con su hija de un año y seis meses en los brazos, iban de techo en techo para ponerse a salvo.

El temor retorna en estos días, ahora ella y su familia tienen que estar prevenidos siempre por cualquier cosa que pueda ocurrir.

“Pero eso ya no es una vida saludable. Es vivir en permanente intranquilidad. Cada año estamos pensando que se va a inundar, esperemos en Dios que no”, implora.

Este año de alguna manera ya están listos. Relata que cuando se acercan estas fechas, ya no se compra tanto para surtir la tiendita que atiende, por sí hay que salir.

A la familia Ramírez Mosqueda no sólo la vida les cambió emocionalmente, ahora también enfrenta problemas económicos, pues además de que ya no recuperó todas sus pertenencias tiene que pagar una deuda bancaria de 60 mil pesos, por un préstamo para reiniciar la tienda.

Los daños a bienes de la población e infraestructura pública ascendieron a casi 21 mil millones de pesos por la eventualidad, según el gobierno municipal

“ Sueño con que mi familia va huyendo del agua, que están dentro de la inundación o que se me ahoga mi niña. Sí quedó alguna secuela por allí. Ya no es una vida saludable”

Patricia Mosqueda, vecina de la colonia Gaviotas Sur



SIN CONTENCIÓN. De la superficie total del municipio de Centro, 83% se encuentra en condiciones de alto riesgo y vulnerabilidad ante eventuales inundaciones

